Dr Barbahan

Jesusito

Primera Edición 2000
Segunda Edición 2011

Derechos reservados © 2011 por
Miguel Armando Alvarado Alejo
email: barbahan@gmail.com
http://dimensionbarbahan.zonalibre.org/
San Luis Potosí, S.L.P.
México
ISBN 968-29-8512-9

Impreso en México
Printed in México

A Marisol

Índice general

1. La Liliana 1
2. Te seré fiel 13
3. Jesusito 15
4. La rosa de los vientos 21
5. El gato negro 23
6. Otra historia de Tejas 25
7. Un cuento viejo 27
8. El buen Jonas 31
9. Un cuento para mi generación 33
10. Otro cuento de Walt Disney 35
11. Otra historia del lobo feroz 37
12. El turco 39
13. Precavido 43
14. El duro oficio de escritor 45
15. El oso 49
16. El espía alemán 53
17. Jacobo 67
18. El eco, génesis de la ciencia 71
19. Nunca fume humo del Vesubio 73
20. Narciso Matemático 75
21. El papel de la probabilidad en la revolución 77
22. La vida es una Delta de Dirac 81

La Liliana

En la primavera de 1973 vivíamos mi madre y yo en uno de los barrios pobres que por aquel tiempo circundaban al Campestre, en una de las tantas vecindades. Nuestro barrio contrastaba totalmente con esa zona exclusiva de Ciudad Juárez. De un lado, estaba la pobreza a flor de tierra con sus niños hambrientos, las calles sin pavimento en donde corrían ríos de aguas negras; del otro, abundaban las casas grandes y bonitas con sus jardines y sirvientas uniformadas.

No por eso dejaba de ser feliz. Fue en ese barrio donde conocí a la Liliana; la conocí mucho antes de que se supiera que ella era piruja, esto se vino a saber por don Nati, después que ella se hubiera marchado del barrio y de mi vida para siempre. Ella fue para mí como esas nubes oscuras y solitarias del verano juarense; nunca sabes por qué te mojan, ni tampoco sabes por qué dejan de mojarte.

Don Nati, el tendero del barrio la vio de bailarina en una de las tabernas del centro de la ciudad. Había ido a comprar la mercancía para su tienda y, al terminar las compras, le dieron ganas de echarse unas cervezas. De casualidad entró a la cantina donde ella trabajaba y la vio repetida muchas veces en los espejos de las paredes del antro, bailando arriba de un forito, totalmente

iluminada por luces de colores. Ella se contorsionaba cadenciosamente al ritmo de la música tropical, mientras dejaba caer prenda tras prenda de la poca ropa que llevaba puesta. Cuando por fin quedó totalmente desnuda, el tendero lleno de estupor, pudo comprobar a sus anchas las sospechas que tuvo desde el día cuando por primera vez la vio en el barrio, de que ella estaba bien buena.

—Don Nati, no sea malito —le dijo la Liliana— no vaya a decir nada allá en el barrio, no ve que si se sabe, la vieja de la vecindad me va a correr del cuarto, a usted le consta cómo es ella, con esas cosas que se trae siempre, de las buenas costumbres y la moral. Ya ve cómo está de loca esa vieja.

Como agradecimiento se acostó con él y no le cobró, pero él no le supo pagar, pues el barrio a final de cuentas sí se enteró; don Nati nunca fue mal pagador: a sus años pudo más el egoísmo y no lo dijo, sino que lo gritó a los cuatro vientos, que aquella cosa tan llena de carne y de vida había sido suya.

Don Nati, un tipo cincuentón casi pegado a los sesenta, algo gordo, chaparro, de un tono moreno oscuro, vestía de botas, texana, mezclilla, camisa a cuadros y cinturón piteado. Pero no era ésto lo que lo distinguía, sino que llevaba harto tiempo sin ejecutar la acción del sexo. Tenía a doña Chonita, su esposa, pero su problema no era con quién, más bien era con qué, pues el miembro no se le enderezaba. Acostumbraba ir a ver a las bailarinas y no es porque fuera aficionado al arte, ni mucho menos se excitaba. A él le gustaba sentir esa sensación extraña de nostalgia de cuando las podía. Algunas veces, mientras se bañaba, bajo la regadera ayudado por el agua caliente, hacía ejercicios de concentración, pues hasta clases de yoga llegó a tomar; era tal el esfuerzo

que bastaría para levantar un elefante, pero aquello no se le movía ni siquiera tantito. Pero le quedaba, a final de cuentas, el consuelo de los gallos viejos; se suben a las gallinas no para pisarlas, sino para que les den su paseadita y esto es lo que hacía con doña Chonita. Cuando esto pasaba ella le reclamaba.

—Natividad qué te ganas con apachurrarme, a ver dime.

Él *nomás* agachaba la cabeza.

Cuando se topó con la Liliana en la taberna y sí pudo, por cierto fue su despedida de las actividades sexuales, porque con esta gran eyaculación contenida por años de impotencia quedó seco para siempre. Anduvo diciendo por ahí que fue cosa del cielo pero yo sé que fue el embrujo sutil de la Liliana y nada más, es cierto, para ese entonces ella ya no era virgen desde hacía mucho tiempo pero, a su modo, era capaz de realizar milagros, de poner a un pecador en el cielo, aunque sólo fuera por unos instantes.

La Liliana llegó al barrio huyendo de "La Casa de la Joven", el *SENECU*, traía consigo la cantidad de dinero justa para alquilar un cuartito en una de las vecindades y sobrevivir dos o tres días. Un poco antes se había peleado con una de las monjas, por ésto le dieron un castigo injusto. Tan pronto como pudo se escapó brincando uno de los altos muros de esa cárcel disfrazada de piedad para señoritas. Curiosamente, ni siquiera la buscaron ya que a otras hasta con perros y *blazers* las seguían pero, lo que fue a la Liliana, la dejaron partir en paz. A lo mejor alguna de las monjas, en la quietud de su cuarto por las noches, rezaría un padre nuestro por ella, pero de ésto no estoy seguro.

Tan pronto como se acomodó en su cuartito, salió a buscar trabajo al centro de la ciudad; así fue como llegó a la cantina donde tiempo después la encontraría don Nati. El dueño al verla se turbó por su belleza y aunque no lo notó quedó preso de su encanto:

—¿Qué sabes hacer? —le preguntó.

—Nada, no sé hacer nada —dijo ella con mucha pena mirando fijamente en la penumbra una de las patas de un banco de barra de la taberna.

—No importa, aquí aprenderás pronto.

Y aprendió pronto, de golpe era de las más buscadas en el mercado de carne de la calle Mariscal. Así transcurrieron los primeros días de aquella primavera; también por esos días la Liliana cumplió diecisiete años y fue el tiempo en que ella llegó a mi vida, justo cuando yo iba a completar los catorce e iba a ser bautizado en mi religión.

Una tarde a la entrada del verano, antes de irse a trabajar de sirvienta en una de las casas ricas del Campestre, es lo que decía, salimos a pasear en mi bicicleta lejos del barrio y de las zonas habitadas. Nos detuvimos en un llanito de arena, un mar de yerba verde crecía en ese llanito, un poco más allá corría la acequia madre, en medio de un breñal de cañas de bambú. La miré a los ojos y le pregunté:

—¿Qué piensas del infierno? —bajó la vista y, con la punta del pie derecho, aplastó un saltamontes, lo restregó contra las hierbas y la arena, luego dijo:

—Ha de ser un lugar lleno de putas, no se dónde lo oí: pero el infierno no es un hoyo repleto de fuego eterno y demonios dándote café cargado todo el tiempo, el infierno es lo que más odias en la vida.

Se veía en una cantina gigantesca donde miles de putas cogían a un mismo ritmo impuesto por un esclavo negro con una argolla en la nariz. Mientras resoplaba, golpeaba un tambor de cuero con el que acompasaba el ritmo. Yo también veía, veía un par de palomas moradas surcar el cielo de mil colores hacia el crepúsculo y allá en el ocaso contra la lejanía, la cara de la Liliana con un hoyito en cada una de sus mejillas.

Caminamos muy juntos por una vereda bordeada de yerba, la vereda llegaba hasta la acequia flanqueada a cada uno de sus lados por una muralla de bambú, le pasé un brazo sobre el cuello y recargué mi cabeza en su hombro. Caminando en silencio, llegamos hasta el agua. Un agua revuelta se revolvía todavía más en la acequia y se llevaba pedazos de bambú y muchas otras cosas. Hacía calor. Se separó de mí y comenzó a desnudarse poco a poco, sin morbo, de manera natural. La contemplaba excitado, fue la primera vez que vi un sexo de mujer, se me figuró la cueva de Alí Babá, pero sin los cuarenta cabrones, con el puro tesoro adentro y sus senos firmes, unas bolas morenas del tamaño de mi mano, coronadas por pezones oscuros. Me miró con esa cara tan conocida para mí, sus ojos cafés y su piel apiñonada se me hicieron diferentes. Para ese entonces ya la amaba.

Después dio media vuelta, espantó unas ranas y se aventó a la acequia, nadó por un rato en esa agua turbia, luego salió y comenzó a secarse con su ropa, volví a ver su triángulo formado entre su vientre y sus muslos agresivos, ese triángulo de las Bermudas ante cuyo influjo más de un borracho habían sucumbido, allá en la Mariscal. Una vez seca, se vistió; caminamos hacia la bicicleta en silencio. El potro de los instintos sexuales galopaba desbocado dentro de mí. Llevaba la vista

puesta en el suelo. Recordaba mis clases de religión. Si en ese instante me hubieran dado a escoger entre el cielo y el infierno, sin lugar a dudas me hubiera quedado con la Liliana.

Mi vida transcurría entre el final de la secundaria, las clases de religión y, por supuesto, la Liliana; en ese entonces tenía dos acoples, mis compas del alma, el Chito, un cholo malandrín, el clásico amante de lo ajeno, cuyo oficio principal era la vagancia; uno de sus pasatiempos favoritos en los meses de calor era el de robarse la fruta de las huertas que estaban al otro lado de la acequia. Lo acompañé una sola vez, fue en el verano del 72, pues mi religión no permitía el hurto. Regresamos con los bolsillos llenos de duraznos, ciruelas y granadas, traíamos mucha fruta y una vez hartos, por el camino de regreso, nos empezamos a tirar las granadas como lo hacían en las películas de guerra. Esa excursión valió la pena, porque en ella tuve mi primer encuentro con las fuerzas del mal; eliminamos para siempre al Lucifer, un perrazo negro que nos traía *juídos*, pero esa vez cometió el gran error de aventarse también a la acequia, en su persecusión tras de nosotros; el Chito, que ya estaba del otro lado, con una caña de bambú lo ahogó, fuimos siguiendo su cádaver, empapados, escurriendo de agua, mientras lo arrastraba la corriente, tirándole fruta, piedras y lo que encontrábamos entre las risas de los dos y las maldiciones lanzadas por el cholillo. El otro acople era el Tomy, asistíamos a la misma secundaria, pero él iba en primero. De buena posición económica vivía en una casa particular de las ricas del barrio, por así decirlo; nos invitaba seguido a jugar en ella, su madre ocupaba de sirvienta a la Tere. Tere tenía, como nosotros tres, 13 años y con ella, cuando la jefa del Tomy se ausentaba

por poco tiempo de la casa, nosotros nos agarrábamos a las luchas: los tres malandros contra la mujer vampiro, y el juego siempre indistintamente terminaba en faje.

Nunca supe cómo el hermano de la Tere, el Huehueto, dos años mayor que nosotros, se enteró de eso de las luchitas, de ahí nos agarró a los tres tirria y empezó a hostigarnos, donde nos encontraba ahí nos daba café cargado, sólo cuando íbamos de excursión o jugábamos fútbol con la raza del barrio, nos trataba como a cualquier otro, el Huehueto fue por aquellos tiempos nuestro más grande y odiado enemigo. El verano había sentado sus reales, con él el calor se hizo más insoportable, algunas veces acompañábamos a la Liliana a bañarse en la acequia, nos gustaba ver aquella sirena del desierto retozar en el agua, en esos atardeceres escarlatas de Juárez, yo era su preferido nunca me acarició, sólo dejaba, de vez en cuando, que le pasara un brazo arriba de sus hombros, se limitaba a mostrarse desnuda ante los tres y de los tres yo era el único que la quería y sufría por ella.

Un domingo de ese tórrido verano cumplí los 14 años y fue memorable por varios motivos. Ese día fui bautizado en mi religión junto con otros, los hermanos alquilaron un balneario en las afueras de la ciudad y desde muy temprano comenzó la ceremonia, a nosotros, los que íbamos a ser bautizados nos pusieron mero adelante, fuimos vestidos con nuestras mejores ropas, leyeron párrafo tras párrafo de la Biblia, nos arengaron a ser mejores, el hermano mayor nos dijo:

—Desde este día sus vidas van a ser diferentes, más plenas, Jehová siempre los va a ayudar— yo sentía como si la gracia de Dios se apoderara de mí y, por último, nos bautizaron, nos quitamos los zapatos y entramos por las escaleras de la alberca y ahí nos echaron agua en la

cabeza mientras nos llamaban a cada uno por nuestro nombre; pero en esa agua, aunque muy diluído también, estaba Satanás; yo sentía como si el agua me quemara suavemente la piel, después vine a saber por qué. Se acabó la ceremonia y nos regresamos al barrio, hacía mucho calor, el verano estaba en su apogeo.

Tan pronto como llegué a la casa empecé a pensar en la Liliana, por buena suerte, mi madre me mandó a comprar unas cosas a la tienda de don Nati, la tarde caía, pero el calor no menguaba, atravesé el campo de fútbol, un tiradero de basura y pasé cerca de la ventana del cuarto donde vivía ella. Me llamó furtivamente:

—Pssst, psst Javi, Javi ven.

Le dí toda la vuelta a la vecindad, escondiéndome de su casera, por primera vez entraba a su cuarto; estaba acostada. Tenía una pañoleta roja como sostén y un short pequeño, y, como el abanico estaba apagado, sudaba a mares, me miró un instante y luego dijo con una voz muy dulce:

—Ven siéntate aquí— me hizo un lugar, me senté en su cama, me tomó una mano con sus manos, y con ellas suavemente se restregó el rostro y fue bajando poco a poco nuestras manos enlazadas, hasta sus pechos y después las deslizó por su vientre hasta llegar a su short, luego las volvió a subir y colocó mi mano sobre su pecho. Pude sentir claramente su respiración.

—Qué bueno que viniste, estaba pensando en ti, no quería morir sin volverte a ver, estoy muy mala, ya me voy a morir, abrázame, abrázame por favor, no ves que me estoy muriendo, acuéstate aquí conmigo.

La veía sudorosa, realmente pensé que estaba mala, me subí a su cama y también empecé a sudar; por un momento creí estar contagiado de su mal, la abracé y

ella se quitó la pañoleta del pecho y a mí me quitó la camisa luego me abrazó muy fuerte:

—Quiero morir desnuda— se quitó el short, volví a ver su triángulo, esta vez de cerca, y olí a lo que ella olía.

—¿Qué tienes?, ¿qué te pasa? —le dije.

—Me estoy muriendo, abrázame ¿que no ves que me estoy muriendo?— empezó a besarme y acariciarme y sin que ella me lo pidiera, me quité el resto de la ropa.

—No te mueras Liliana, no te mueras, te quiero mucho.

Tomé uno de sus senos con ambas manos y comencé a besárselo y luego se lo chupé suavemente, terminé por mamárselo con ahínco, después me pasé al otro, e iba de uno a otro sin previo aviso, mientras mis manos buscaban sus muslos, cerró los ojos mientras se relajaba. Para mí todo esto era nuevo y sucedía demasiado aprisa.

El demonio diluído en las aguas bautismales comenzaba a cristalizar en forma de pecado, me acordaba de los sermones de la mañana, estaba aturdido, pero no lo pensé mucho y me decidí por el mal, el hermano tenía razón cuando decía que el camino de la salvación era estrecho y el de la perdición ancho como una autopista, me fije bien en la Liliana, no se asemejaba a una carretera, si acaso sólo por las curvas, pero se podía transitar muy a gusto sobre ella. Tenía las piernas abiertas y, en el preciso instante en que me le iba a subir, oí la voz lejana de mi madre gritando mi nombre:

—¡Javier! ¡Javier!

Me asusté y ella también, lo más pronto que pude me vestí y salí a su encuentro:

—¿Qué pasó con el papel y el jabón que te encargué?, ¿qué estabas haciendo?. Mira nada más en que fachas andas, ¿estás enfermo?

—Creo que un poco— sin agregar más, fui a la tienda a comprar las cosas.

Al otro día por la mañana regresé al cuarto de la Liliana con un jugo de bote bien helado, ya no hacía tanto calor.

—¿Cómo estás, cómo amaneciste?— se extrañó de la pregunta, pero luego recapacitó.

—Creo que estoy bien, gracias— pero ya no siguió con el juego amoroso de un día antes.

—Vete, vete por favor por ahí anda la pinche vieja y te puede ver, nos vemos en la tarde donde siempre.

Al salir de su cuarto me encontré a la casera, se dio la enojada de su vida, me amenazó con decirle a mi madre si me volvía a ver por ahí. Después de eso, la Liliana desapareció del barrio; yo pienso que la vieja la corrió. Ella fue para mí lo que la tierra prometida a Moisés; sólo pudo verla de lejos, desde sus cimas, pero nunca fue suya.

Entré a la prepa y con la nueva influencia, comencé a leer de todo y a faltar a mis clases de religión, poco a poco dejé de creer en Dios; por las tardes, ya sin esperanza, paseaba en mi bicicleta por el barrio y el Campestre buscando a la Liliana, pero como ella no trabajaba de sirvienta sino en la perdición, la buscaba en el lugar equivocado. Terminó el verano y comenzó el otoño; la vida se me iba entre la prepa, jugar fútbol y esconderme del Huehueto. Cuando se es joven el porvenir no importa tanto como cuando uno esta viejo, es algo a lo lejos, algo que tardará en llegar.

La Liliana regresó al barrio a mediados del otoño. El Tomy me trajo la noticia de que la habían visto, era el tiempo en que a las moras se les secan las hojas y las tiran una a una hasta quedarse pelonas, con unos varejones largos, y el viento fresco del desierto juega a juntarlas y a esparcirlas una y otra vez por el suelo. Su aliento volvió a ser mi aliento, sentí de nueva cuenta la piel sudorosa de su vientre en las palmas de mis manos, sus senos subiendo y bajando al ritmo de su respiración, mientras me decía que estaba moribunda, su cuerpo de diosa pagana ardiendo pegado al mío. Volví a escuchar los gritos de mi madre buscándome, su aliento perdiéndose en mi boca, volví a sentir aquellas ganas de primerizo cuando por la fuerza del pecado trataba de arrancarla con desesperación de las garras de la muerte. Mi vida cambió radicalmente, al menos por dentro no volví a tener paz, por las tardes la buscaba en mi bicicleta vuelta tras vuelta, no me atrevía a preguntar por ella por miedo a delatarme, también mis amigos la buscaban; sabíamos que vivía en una de las vecindades ¿pero en cuál de todas y en qué cuarto? No me quedaba más remedio que el rondar por el barrio. La busqué en serio, a conciencia, por mí no quedó, en las esquinas donde tomaba la ruta, en la tienda de don Nati. Tenía fe en encontrarla y, al fin, la encontré, aunque no como yo hubiera querido.

Una tarde a finales de noviembre, mientras jugaba al futbol con la raza del barrio a la orilla de las casas, ya casi oscureciendo, se me acercó el Tomy y me dijo en voz baja para que nadie lo oyera:

—Se están cochando a la Liliana, en uno de los cuartos de la vecindad de doña Chonita córrele, antes de que acaben.

Sentí un golpe seco en las piernas, como si algo pesara demasiado en mi espalda, respiraba con dificultad y me era difícil seguir a Tomás, llevaba el alma de fuera. Dos días atrás había nevado y nuestros alientos se condensaban rápidamente; corrimos por los baldíos, brincamos una tapia, nos arrastramos por encima de la yerba seca cubierta de nieve hasta llegar a la orilla de una de las vecindades; pegado a la ventana de un cuartito estaba el Chito, rápidamente me puse del otro lado con el mayor de los sigilos y ahí arriba de una cama estaba ella con un hombre encima, podíamos oír sus quejidos:

—Hay que quitársela —les dije— está sufriendo mucho.

—Espérate Javi, esperaté así gritan las rucas cuando se las cochan —dijo el Tomy.

Ellos oyeron nuestros murmullos y voltearon hacia la ventana, claramente pude ver la odiosa cara del Huehueto. Esa tarde perdí dos veces: la primera con la Liliana y la segunda con mi más odiado enemigo. Se pararon de golpe; mientras nosotros echamos a correr en desbandada.

Nevaba en serio sobre Juárez y el gran barrio gris se había transformado en el gran barrio blanco, era el mes de enero del 74, el invierno estaba acantonado en la ciudad, algunas moras ya no tenían ni siquiera sus largos varejones, habían sido podadas, era el tiempo en que las podan. Desde aquella tarde del otoño no volví a saber de la Liliana, el Huehueto, nuestro odiado enemigo jamás se volvió a meter con nosotros, me sentía triste, pero pronto comprendí que aquello no había sido otra cosa más que el comienzo de mi vida y por otro lado la próxima primavera ya estaba a la vuelta de la esquina, afuera la nieve silenciosa y fría, caía copo tras copo.

Te seré fiel

La tortilla se cuece en un lapso muy pequeño de tiempo, no obstante, durante él se lleva a cabo uno de los amores más ardientes de este mundo entre ella y el comal:

—Te amaré hasta que la muerte me devore —le dice la tortilla inflándose de placer.

—Te amaré hasta que el destino me resquebraje —le contesta él.

Amor efímero, es cierto, pero la promesa es eterna.

Las tortillas son ciegas y aunque estén muchas arriba del comal, no se dan cuenta de las otras.

Una vez apiladas en el canasto, ellas platican con mucho entusiasmo, cada una a su manera, de su comal.

Jesusito

Existen en la historia de los cielos
almas que aunque pequen una y otra vez
siguen siendo santas.

Desde su silla de ruedas, el Jesús Bendito Santiago el Niño le había jurado a la Virgencita, mientras sostenía dos veladoras encendidas en cada mano, allá en la basílica de Guadalupe, que si la Selección Mexicana no pasaba a los octavos de final, él haría volar en mil pedazos el Ángel de la Independencia. Visto así de lejos en la penumbra de la gigantesca nave, con sus dos brazos extendidos y su negra cabellera cayéndole como cascada de chapopote sobre el respaldo de la silla, el Chuchito parecía un cristo semirresucitado, una esperanza a medias. Yo sabía de la fe enorme del tal Jesusito en la Virgen y durante su largo juramento, no lo vi parpadear ni siquiera una sola vez. Santiago el Niño era decidido como ningún otro, pero no era ésto lo que podía hacer plausible su juramento, sino la harta ley que la Morenita del Tepeyac le tenía, pues ella siempre fue su bendita protectora, lo que sea de cada quien.

El Jesús fue devoto de la Madre de México desde los tres años, matachín de los cuatro a los doce años, es

decir, mientras pudo, y fanático de la Selección Nacional desde los escasos ocho meses, desde aquella vez, cuando su padre lo llevó a ver el clásico del fútbol mexicano al Estadio Azteca una mañana de domingo y esto fue contra la voluntad de su madre:

—Más te vale jodido que no te lo apachurren, porque si es así, te juro que a tí, a tu jefecita y a toda su descendencia se los carga la chingada —le había gritado su progenitora a su padre pero él, al igual que otras veces, no le hizo caso y se lo llevó a la mala al coloso de Santa Úrsula.

Afortunadamente para la familia, no pasó nada. Bueno, en apariencia, porque Jesús Bendito desde ese día fue uno de los fanáticos más grandes del fútbol mexicano de todos los tiempos y fue precisamente este fanatismo lo que vino acabando con su vida. Su padre deseaba que su hijo fuera futbolista y casi lo logra, pues él era el único en el mundo capaz de aventarse las chilenas a balón parado. Pero cuando recién acababa de cumplir los doce años, la poliomielitis le fulminó las piernas, postrándolo para siempre en una silla de ruedas.

El Ángel de la Independencia ya se había caído una vez de su pedestal; fue en los cincuentas, durante un temblor de tierra. Primero se le comenzaron a mover las alitas, el miedo le fue bajando poco a poco hasta que le llegó a las corvas, y en ese instante él y el temblor fueron uno mismo. Fue entonces cuando le entró lo culo y no lo pensó mucho; se aventó al vacío, clavándose tres metros en el suelo chilango. Pero esta vez la amenaza era cosa seria: no se trataba de otro temblorcito de tierra, sino del juramento de Santiago el Niño, y era para tenerse en cuenta. Ahora les voy a contar cómo se salvó el tal angelito; se salvó, eso que ni qué, pero siguió siendo bien culo.

La línea dura de la política méxicana tenía informes, porque así lo habían confirmado los oráculos, los adivinos y los pronósticos deportivos, de que la actuación de la Selección Mexicana en el Mundial de los Estados Unidos iba a ser un rotundo fracaso, algo así como el barcelonazo del noventa y dos, cuando el titular del deporte nacional —Don Galleto— prometió once medallas y a su regreso de Europa sólo traía su renuncia firmada en blanco.

El país había sobrevivido a dieciséis devaluaciones, al asesinato del Cardenal Posadas, al levantamiento en el Sureste del Sub Marcos y al asesinato de Colosio. Pero el fracaso de la Selección Nacional estaba fuera de las expectativas del control absoluto, era sinónimo de holocausto, ante esta situación el país estaba inerme.

El Jesusito realmente no era problema; total, a chingar su madre el Angel y se acabó. Pero la realidad es que en cada mexicano engañado por la televisión y la prensa había más o menos un Jesusito en potencia. El sistema de inteligencia de la línea dura de la política conocía a la perfección la realidad, así que optó por la solución trivial, pues el régimen estaba en serio peligro, con tanto loco defraudado suelto:

La Selección sería aniquilada.

Poco antes del Mundial, el avión del representativo nacional debería de explotar sobre el ancho y oscuro mar para no dejar huella. Afortunadamente, el atentado criminal falló por un problema técnico y, contra todos los pronósticos, oráculos y futurismos de los doctores egresados de Harvard, la Selección Nacional pasó a los octavos de final.

El Chuyito celebró con ganas en la Columna de la Independencia el empate contra Italia. Se emborrachó, brindó con todos los que le dijeron salud, tres veces lo tumbaron de su silla de ruedas y las tres veces se levantó para continuar en la celebración y en los desmanes. En un momento, durante la celebración, se acordó de su juramento, levantó la cara, se le quedó mirando al ángel, y le dijo:

—Tú ya cumpliste, ya te salvaste —el ángel volvió a sentir ese escozor en las corvas que sintiera cuatro décadas antes—. Pero en cuanto a mí, yo llego hasta donde llegue la selección.

Ese fue un pacto de sangre. Visto así de cerca, a ras del suelo sobre el pavimento de la avenida Reforma, mojado de cerveza, sucio, eufórico, Santiago El Niño ya no parecía una esperanza a medias, ni mucho menos un cristo semirresucitado, sino que era lo que era; un *júligan* mexicano, uno de ésos, de los de Tepito o quizás de la Bondojo.

Esa mañana del partido contra Bulgaria, Jesús Bendito Santiago el Niño encaminó su silla de ruedas hacia la pulquería más cercana a su casa para ver el juego por la televisión. Ya en la piquera, pidió una cubeta de las grandes de pulque curado sabor plátano y, una vez terminada ésta, pidió otra de curado sabor fresa. Cuando el búlgaro Balakov le metió el penalty al Campos —el portero mejor vestido del mundo—, eliminando de esta manera a México del mundial, el Jesusito ya estaba bien pedo. Pero Jesús Bendito tenía un pacto pendiente, un pacto de sangre para cumplir. Sacó de entre sus ropas una treinta y ocho corta y amagó a todos los de la pulquería; luego le sorrajó un tiro en el pecho al dueño de la piquera, dizque por carero.

Sus últimas palabras fueron para todos nosotros (siempre fue un patriota, y eso es para agradecerse):

—Pinche suerte tan perra, mexicanos, chinguen a su madre.

Después se colocó el cañón en medio de las cejas y jaló del gatillo. El Chuyito se fue ladeando poco a poco para un lado de su silla mortuoria; un hilillo de sangre le chorreaba desde la frente salpicando el piso; del otro lado, la media tina del curado de fresa restante escurría lentamente, y los dos líquidos se juntaban justo debajo de sus piernas inertes, para formar el néctar más preciado de los antiguos dioses aztecas. El Jesús Bendito, desde la pulquería repleta de parroquianos, le sonreía con sus tres ojos a la muerte para siempre .

Se veía atrapado en el tiempo, en un escollo del espacio dentro de un estadio inconmensurable repleto de galaxias, gritando todas ellas a coro su nombre:

—Chuchito, Chuchito, ra, ra, ra.

Jesusito enfundado en la casaca nacional acababa de meter su último gol de chilena a balón parado, y de rodillas sobre el césped del estadio sideral, no se cansaba de darle gracias al cielo por tanta dicha permitida, besando una y otra vez la medallita de la Virgen de Guadalupe, que su madre le pusiera en el pecho el día de su nacimiento.

La rosa de los vientos

Sucedió a bordo de un gran barco, donde sólo la ronca voz del capitán era obedecida. Sus poderosos gritos recorrían el barco horadando los rincones de la nave, para después perderse en el mar como bramidos de huracán.

Una mañana de sol el capitán gritó:

—Todos a babor. Para babor ésta fue su primera experiencia. Días después del desembarco se tiró al vicio y se convirtió en un chico más de la calle.

Al cabo de pocos años todos los marineros de ese gran barco perecieron contagiados de un extraño mal hasta entonces desconocido.

Estribor, amargado por lo sucedido, acudió a la marina internacional. A partir de estos lamentables acontecimientos los capitanes utilizan la rosa de los vientos: —Todos al éste. Los marineros se muestran realmente desconcertados.

El gato negro

Diles Luna, cuántas veces estuvimos
tú y yo solos en la vastedad del mundo.
Diles cuántas veces besé
tus labios en el espejo del estanque.
Ya estuvo vieja Luna, ya estuvo,
dejaré mi lugar en las noches
para otros gatos.

Yo soy el gato negro, conocido aquí en el barrio como *El Black,* soy el que se trepó a muchas gatas; de algunas fue bajado y de otras se bajó solo. Heme aquí otra vez en la línea infinita de la vida y la muerte, jugándome el séptimo pellejo, pues los otros seis los he perdido en otros tantos duelos como éste. Si pierdo entonces habré muerto en la raya, pero si gano no pienso cobrar la apuesta; subiré a lo más alto del campanario de la iglesia y entonces me arrojaré al vacío para morirme de una vez por todas para siempre.

Ese gato pardo y joven, lleno de músculos, está ante mí desafiante y totalmente encolerizado. Todo por el amor de una gata casquivana de enormes ojos verdes. Pero ahora sí voy a ganar; no me importa el estar viejo y casi lisiado. Después de las seis muertes anteriores, he aprendido a la perfección la defensa panza arriba.

Mañana, cuando los niños vayan camino a la escuela, patearán el cadáver aplastado contra el suelo de un viejo gato negro, con el hocico lleno de sangre ya reseca; pensarán en lo inútil de mi vida. Ellos no saben de los gatos como yo, que una vez muertos para siempre, arañan en las noches la bóveda celeste, en la persecusión eterna de las gatas casquivanas, provocando en sus correrías y tropeles las lluvias de estrellas fugaces que tanto gustan a los hombres.

El gato pardo desde hace rato ya no se mueve ni respira, está bien muerto, no sé cuántas vidas le queden todavía, a la mejor le pasa como a mí, ya no le queda ni siquiera una. Yo por mi parte estoy cumpliendo con lo antes prometido. Esta vez no habrá resurrección, es decir; ahora si me voy a morir de a deveras, ya no quiero vivir, ya he vivido demasiado y sino pregúntenle a la luna.

Durante mis pasadas juventudes practiqué largas horas en mis ratos de ocio la caída libre en los tejados; pero ahora la cosa es diferente, me produce un goce insano. Puedo ver claramente como crecen los mosaicos con el tiempo, la banqueta del atrio de la iglesia ya se acerca hecha la chingada.

Otra historia de Tejas

El que va a ser culo desde chiquito apesta.

No mi compa, déjeme le digo, que por tipos como usted perdimos Tejas, la Louisiana, California y mejor párele de contar.

Mi general Santana era un hombre cabal, no un traidor como la historia dice y todo mundo piensa; lo que pasó en aquella lamentable expedición del Alamo, fue que parte de los que lo acompañaban eran chilangos y poblanos.[1]

En esa gran batalla, en pleno refuego, cuando las fuerzas mejicanas tenían sitiado al general Austin, Santana, que con mucho era el más fajado de todas sus tropas, le dijo a su ordenanza:

—Tráigame un poco de agua.

Eran los meses de calor y Tejas en ese tiempo es un hervidero. Pasaron las horas y por fin regresó el ordenanza:

—General, ya se acabó el agua, nomás queda puro *culey* ¿que de qué sabor quiere el sobresito? Santana lanzó una maldición, aventó el fusil y ordenó:

---

[1]Fernando Jordán, *Crónica de un país bárbaro*, Centro Librero La Prensa, S.A., Chihuahua, Chih., México, 1975.

—Corneta: toque retirada; secretario, véndales Tejas, California y hasta lo que no, que paguen como quieran esos hijos de la chingada —Santana se dijo para sus adentros una y otra vez—. Yo no sé por qué estos tipos vienen de tan lejos nomás a darlas.

Los gringos no son pendejos, imagínese mi compa si así bien pendejos y todo, nos tienen bien jodidos, si fueran bien cabrones ¿ahorita cómo nos tuvieran?.

Ellos mejor que nadie comprendieron en su momento a las tropas de Santana y en honor a esta batalla, a la capital de Tejas le dieron el nombre del general Austin y a otra ciudad del norte del mismo estado, casi colindante con el territorio de Oklahoma, le pusieron Dallas.

Un cuento viejo

Jesús López era un optimista, en él no hacían mella las derrotas ni las desgracias. Cualquier empresa que se propusiera la concretaba siempre con un entusiasmo digno de la peor de las envidias. Cheche, como lo apodaban sus amigos aquí en Juárez, tenía su parcela por el rumbo de San Lorenzo, en los comienzos del siglo XIX.

Un día el destino obligó al labrador a ir a arreglar unos asuntos a la ciudad de Chihuahua, no quedándole más remedio que el de emprender ese largo viaje. Su esposa le llenó un morral con hartas gordas, pinole, tasajos de carne seca y una botella de agua y otra más pequeña de sotol.

Una mañana oscura y fría el campesino partió entusiasmado con rumbo al sur, los vecinos al verlo pasar le preguntaban:

—¿Adónde vas tan contento Cheche?

Se levantaba el ala del sombrero con el dedo índice y el pulgar a manera de saludo y luego les contestaba:

—A Chihuahua, a Chihuahua, señor.

Ni el viento frío, la lluvia o la blanca nieve eran suficientes para amainarle el ánimo. En su larga caminata veía el paso de las nubes y los trazos dibujados por las aves en la lejanía. Cuando el cansancio de plano se apoderaba del campesino, entonces se tiraba de cara al

cielo, a mitad de la llanura, con los brazos extendidos y las piernas separadas, y se ponía a contemplar el cielo y a fuerza de mirarlo una y otra vez le daba por caminar sobre él, de cabeza. Un horizonte concavo, infinito y sin fondo, le salía al paso. Después de mucho vagar y visitar estrellas caía en cuenta que era exactamente como en la tierra (ahora la tenía de techo); no se llegaba nunca a ningún lado, todo era un ir y venir, como algo sin sosiego, pero no por esto se *agüitaba* sino por el contrario, se levantaba lleno de bríos y era entonces cuando sus botas devoraban las distancias hasta rendir la jornada.

Diosito, tenía buen tiempo observándolo, estaba celoso del optimismo y seguridad del campesino, decidió interceptarlo. A un lado del camino se le apareció y le preguntó:

—¿A dónde vas tan contento buen hombre?

—A Chihuahua señor —le contestó Cheche con una sonrisa en los labios

—¿Si Dios quiere? —volvió a preguntar el Creador.

—Pues si Dios quiere o no quiere yo de todos modos voy —terminó diciendo Cheche.

Fue junto a la Laguna De Patos donde el Creador lo convirtió en sapo y como la primavera todavía estaba lejos lo enterró cerca de una de las tantas charcas que hay ahí. Así enterrado esperó con la paciencia de los buenos amantes las primeras lluvias de marzo. Se sintió encerrado y somnoliento; se durmió y por primera vez en su vida no supo de él. Una tibia mañana, meses después, oyó que algo allá afuera lo llamaba, entonces salió al mundo de nueva cuenta y se tiró de clavado en una de las charcas. Le entró con ganas a las labores propias de los batracios, se puso a fabricar tepocates a diestra y

siniestra que daba gusto, a cantar por las noches y a cuidarse de cuantos se lo quisieran comer. Por primera vez en su vida le fue infiel a su mujer con un montón de ranas verdes y ojos saltones, ni modo que su vieja se fuera a poner celosa, al menos eso se decía a manera de pretexto. Al cabo de un año el Creador lo volvió a su forma original.

Cheche, ni tardo ni perezoso, reemprendió su camino lleno de alegría y optimismo como al principio.

Diosito, que le seguía los pasos, se extrañó de su comportamiento y se le volvió a aparecer.

—¿A dónde vas buen hombre? —le preguntó.

—A Chihuahua, señor —le contestó Cheche, quitándose el sombrero en señal de respeto.

—¿Si Dios quiere? —volvió a preguntar el Creador.

El campesino se rascó la cabeza, meditó un instante, mientras pateaba con la punta de la bota la arena del camino, luego añadió:

—Bueno pues si no quiere, entonces al charco a hacer más tepocates, pues que ni qué.[2]

[2]Este cuento ha sido tomado de la tradición oral chihuahuense.

El buen Jonás

La última vez que los antiguos vieron al Jonás, venía huyendo de su mujer por la orilla de una larga playa. Sin pensarlo mucho por la premura se metió al mar y se dejo engullir por una enorme ballena. Durante algún tiempo anduvo por ahí recorriendo el mundo. De esta forma se libró de su esposa, pero no de la historia.

Ahora se le puede ver en las esquinas de los puertos esperando por siempre a su segunda ballena. Pero la historia no perdona y lo ha condenado a pagar su culpa setenta veces siete. Es por esto que cada tarde al maldito le llega una mujer distinta.

Un cuento para mi generación

Lo busqué muchas tardes, allá en mi lejana infancia, sobre todo cuando llovía, entre las matas, macetas y charcos que se hacían en el jardín de la casa, con la esperanza de encontrarlo, pero todo fue inútil. En ese entonces acudía a la escuela de párbulos del barrio de San Miguelito. Con el transcurso del tiempo un buen día lo di por perdido para siempre, pensé que no era otra cosa más que un cuento para niños.

Muy chico abandoné el hogar y anduve rolando mundo, probando suerte aquí y allá. Sin darme cuenta, por esas cosas que tiene la vida, me convertí en marinero, en un viejo lobo de mar, en un cazador de ballenas, al menos de eso me jacto.

Una mañana brumosa y fría, mucho tiempo después, inesperadamente me lo volví a encontrar arriba de un gran barco ballenero. Esto fue cuando cazábamos en pleno mar de Behring, cerca del Polo Norte. Sobre la cubierta del ballenero estaba una ballena azul común y corriente, lista para destazarse, la cual me llamó poderosamente la atención y al instante supe que la causa de la atracción estaba muy dentro de ella.

Sin pensarlo mucho y contra todas las reglas, tomé una sierra eléctrica y la abrí en canal. Ahí estaba entre sangre e intestinos. Impretérito el muy cabrón; tal como lo había imaginado en mis desvaríos infantiles, atrapado en el tiempo, con sus ojos saltones y su boca abierta tragándose los segundos, en un pequeño matraz, el sapito *Glo-glo-glo*.

Por un instante me fugué del mundo, ni las reclamaciones airadas del capitán ni de los demás marineros lograron apartar de mi mente aquel recuerdo. Entonces me vi otra vez de la mano de mi madre, de regreso a casa, tratando de apresurar mi paso para igualar el de ella, por las calles de adoquín mojadas de lluvia del barrio, haciéndome aquella pregunta una y otra vez: ¿dónde se habrá metido aquel sapito?

Otro cuento de Walt Disney

El capitán Garfio no murió en una mazmorra del puerto de Liverpool, como lo pretende hacer creer la historia, sino que al cabo de algún tiempo en la prisión, cuando ya todos lo habían olvidado, logró al fin obtener su libertad, gracias a uno de los tesoros que dejara escondidos a lo largo de las playas del mundo.

Tan pronto salió de la cárcel, inmediatamente se fue a buscar a la Campanita para declararle su amor, cuando la encontró le dijo que él no era un hombre malo, si todos así lo veían fue por el papelito ese de villano, en el cuento de Disney, además él era un hombre común y corriente, salvo una pata de palo, un garfio en la mano y un ojo parchado, y por si fuera poco, él la amaba con toda su fuerza de pirata, como sólo un pirata sabe amar. Campanita acostumbrada a los galanes insulsos de bisutería de Hollywood, por primera vez estaba ante un hombre de verdad, de hueso, carne, palo y fierro, así que le correspondió.

Por un tiempo vivieron muy felices como suelen hacerlo las grandes parejas de la historia, pero Garfio era un bígamo incorregible —pirata al fin—; es cierto, ama-

ba a la Campanita —se lo había dicho muchas veces, con su boca pegada a su oído—, pero amaba más a la gran *marocéano*. La nostalgia se fue apoderando poco a poco del rudo marinero. Garfio comenzó a beber para contrariedad de ella.

Un fin de semana Campanita tuvo que ir a impartir un curso a la universidad de Oxford, Garfio, solitario, bebió más de lo acostumbrado, le dieron ganas de ir al baño y se limpió con la mano equivocada. A su regreso Campanita lo encontró desangrado sobre el lecho de amor. Entre sollozos y lágrimas llamó a la *Interpol*.

En la morgue no le encontraron herida expuesta, pensaron en una hemorragia interna. Aún hoy la duda asalta a la Campanita —de si fue suicidio o un accidente de la borrachera—.

Otra historia del lobo feroz

Sucedió hace muchos años, en el oscuro bosque de Ananona del estado de Nebraska durante un verano, las autoridades habían reportado como perdida a una niñita rubia. Aproveché esta ansiada oportunidad para enlistarme en las brigadas de rescate. No me movía el altruismo, ni mucho menos el amor al prójimo, sino la idea de vacacionar gratis por la campiña; el gobierno ofrecía comida y alojamiento para los voluntarios.

Por varios días la búsqueda fue infructuosa, la gente se temía una desgracia, por nuestras mentes pasaban las peores imágenes. No obstante la moral nunca decayó y la buscábamos desde la salida del sol hasta ya muy entrada la noche.

Después de tanta búsqueda, una tarde calurosa, casi al salir a un pequeño claro del bosque encontré a la niña. No estaba sola; frente a ella, ligeramente a su izquierda, había un enorme lobo plateado, y a su derecha la bruja más horrenda de la historia la amenazaba, mientras retaba al lobo con una risita estridente. La niñita llevaba varios días sin comer, sus ojos y rizos brillaban extrañamente con los rayos mortecinos del sol del ocaso, de su

boca escurrían unos finos hilos de baba. Ahí estaban los tres, frente a frente dispuestos a destrozarse, como en un duelo. La luz se colaba por entre las copas de los árboles hasta el claro, iluminando la escena. Realmente era terrible, pues la niñita con su caperuza roja era para espantar a cualquiera.

Por un instante pensé en darle ayuda, pues para eso me había enlistado. Me ganó la curiosidad, me dispuse a ver el desarrollo de los acontecimientos desde la seguridad de la maleza. Se miraron un momento más y de común acuerdo la caperucita y el lobo se abalanzaron sobre la bruja mala y en menos de tres patadas dieron cuenta de ella. Inmediatamente comenzaron a devorarla, el lobo de gandallón de una tarascada se comió el hígado de la bruja más amargada del mundo, el hígado contiene la hiel y la hiel de cualquier bruja es un fino veneno, de esta forma el lobo murió instantáneamente.

Desde esa tarde ya no hay quien hechice en ese oscuro bosque y si alguna vez muere devorado un niño, no debe culparse al lobo feroz, ni mucho menos a la horrenda bruja, sino a la caperucita, a quien le gustó el *modus vivendi* de la selva.

El turco

Conocí un mar de gente cuando regenteaba un puesto de lechugas en el centro de Ciudad Juárez y de entre toda esa gente, sobresalía uno. Le apodaban El Turco, tipo raro, y vaya si había variedad: prostitutas, mercaderes, cargadores, carteristas, poetas, meseras. Pero como ya dije antes, El Turco era un tipo aparte. Taciturno, hosco, pasaba parte de las mañanas recorriendo los telebrejos de las segundas en la calle Velarde, preguntando siempre por una botella color ámbar, tapada con un corcho en el cual estaba grabado el escudo de Turquía, de ahí su apodo.

Una vez, en un bazar de antigüedades, encontré una botella como la descrita por El Turco. La compré, me la llevé al puesto del mercado y esperé a que mi amigo pasara, al cabo de pocos días me visitó en el negocio. Por un rato platicamos de cosas sin importancia y como quien no quiere la cosa le dije lo de la botella, se puso muy nervioso, cuando la vio sus ojos adquirieron un brillo extraño, por primera vez después de tanto tiempo de conocerlo lo vi sonreír, luego agregó con voz parsimoniosa plagada de acento extranjero:

—¿Cuánto quiere por ella?, para mí es una cosa muy querida. Sabe, ha pertenecido a mi familia durante generaciones.

Se la regalé en prueba de nuestra amistad, no me había costado gran cosa, la acarició embelesado, sus ojos mantenían un extraño brillo, después se retiró, no sin antes mostrar un sincero agradecimiento.

Por ahí quedó el asunto en ese entonces. Un buen día, tiempo después, se presentó en el puesto de lechugas. Me pidió que lo acompañara a su hotel pues tenía varios negocios para mí, dejé a mi ayudante en el negocio y seguí sus pasos.

Una vez en su habitación, me dijo:

—Mire, en realidad, yo soy uno de esos genios de la antigüedad, la botella la perdí hace mucho tiempo en una de las tantas revueltas de este país, tengo por misión arribar al año cuatro mil y sin esa botella me era imposible, y la he recuperado gracias a usted.

No sabía si creerle o no, enseguida me sacó de dudas, me mostró riquezas casi infinitas y varias cuentas de bancos tanto nacionales como extranjeros, a nombre de este servidor, y toda esa fortuna a cambio de simplemente arrojarlo al mar sobre las olas, después de que se hubiera metido en la botella.

Se despidió de mí y se fue encogiendo hasta hacerse al tamaño de mi mano, lo metí en la botella, la tapé con el corcho y la sellé con cera. Hice todo esto mientras él se acomodaba placenteramente en el fondo. Nunca lo había visto ni lo he vuelto a ver tan feliz.

El Turco, a pesar de haber vivido entre los hombres tan largos años, no logró conocer nunca la naturaleza humana. Esto que les estoy contando sucedió hace mucho tiempo, debo confesarles también que no lo he arrojado al mar. Lo tengo en una caja de caudales, pues aunque ahora tengo miles de cosas y algunas de ellas realmente extrañas y costosas, la botella la considero mi

mayor tesoro, la envidia de mis amigos. Si lo vieran se ve chistosito, gritando no sé qué tantas cosas y golpeando el vidrio con sus nudillos casi desechos, no se cansa de mentarme la madre, bueno eso creo.

Pero no todo es felicidad, a veces por las noches me despierto y no me acosa el remordimiento, sino más bien el miedo ¿se imaginan el día en que alguien abra esa botella o se llegue a romper?, entonces sí la chinga que me espera.

Precavido

El último hombre en abandonar la tierra al final de los tiempos, tuvo la precaución de apagar la luz.

Desde entonces este planeta fue catalogado como una estrella enana negra recién apagada.

El duro oficio de escritor

Apreciable lector: déjeme decirle que soy un escritor en formación, a lo mejor, con un poco de chance si usted quiere, casi hecho. Con muchos apuros y en un largo tiempo, he logrado al fin conjuntar un pequeño volumen de cuentos y narraciones cortas.

Venciendo los miedos y prejuicios inherentes a un escritor bisoño, decidí el otro día visitar a un editor muy versado en literatura. Entonces dirigí mis pasos hacia el edificio donde él trabaja; una vez ahí hice antesala un buen rato, tiempo después su secretaria me pasó a su oficina. Ya en su presencia, el editor me señaló una silla justo frente a su escritorio.

Me presenté, tomé asiento, enseguida le entregué mi trabajo. Era un hombre maduro, alto y delgado, de cabello casi blanco, vestía muy elegante, además tenía los ojos azules, como mi padre, bueno al menos eso es lo que siempre ha dicho mi madre de mi progenitor, pues en realidad yo nunca lo conocí, y aún ella no me perdona mis ojos negros y lo prieto de mi piel; mi madre no sabe nada de las leyes de Mendel acerca de la genética, pues a final de cuentas ella es la única culpable, porque al igual que yo, es prieta.

Me miró unos instantes de arriba a abajo, luego se puso a leer mi libro haciendo caso omiso de mi presen-

cia. Había algo en el editor; su personalidad inspiraba confianza, un cierto aire de paternalismo y al instante me identifique con él. Mientras leía las cuartillas, algunas veces movía la cabeza de un lado a otro como si desaprobara lo escrito; otras simplemente se le escapaba una leve sonrisa y así por el estilo. Empecé a hablarle, a contarle cosas y más cosas, pero no me escuchaba, estaba embebido en la lectura, había ido a verlo por lo del libro, pero en el fondo deseaba platicar con alguien como él, yo hablo solo, tengo esa mala costumbre y la gente piensa que estoy loco; en un tiempo lo estuve, tengo que reconocerlo, pero ya no. Comencé platicando solo, después platicaba con las paredes, y por último, las paredes me contestaban. Entonces fui a dar a la clínica de recuperación mental, pero ya estoy bien, se los aseguro.

Esta vez no estaba platicando solo ni mucho menos con una pared, tenía un interlocutor; si él no me escuchaba eso a mi no me importaba, a fin de cuentas yo no sé qué tiene el mundo en contra de la locura, acaso no saben que gracias a ella nosotros nos mantenemos cuerdos en el delirio, acaso no se han dado cuenta que en este país de locura, atrás del aparente caos hay un verdadero desmadre. Y sin más ni más le dije lo que para mí era el duro oficio de escritor:

—Mire, lo primero que tiene que hacer es escribir y luego busque un estilo propio, después integre un trabajo; luego busque un lector por lo menos, y si las cosas van bien, entonces acuda a un editor. Después trate de vender el trabajo acumulado con tanto esfuerzo y tiempo y por último, si así lo marca el destino, podrá disfrutar de los méritos alcanzados.

Seguía sin escucharme, concentrado en mis cuartillas, algunas veces levantaba la cara, me miraba, luego con-

tinuaba leyendo. Mientras menos me escuchaba más seguía yo hablando, pero ya no hablaba para él, sino para mí, en el fondo tenía unas ganas enormes de oírme, sin el temor de que la gente pensara en mi locura, no podía desperdiciar esta oportunidad de oro, entonces me desahogué con más fuerza:

—Mire, escribir es lo más fácil del mundo, es más, es como el cagar, aunque la gente no sepa ni el alfabeto es capaz de comunicarse por algún medio escrito, incluso los animales pueden comunicarse mediante marcas, orina u otras cosas. Yo no sé por qué ciertos escritores se creen tanto. Basta un pequeño premio o una leve distinción en un certamen (no importa qué tan pequeño y amafiado sea) para que ya se sientan premios Nobel y anden por ahí pavoneándose, dándoselas de intelectuales, la mayoría de las veces sus currículos son mucho más apasionantes que sus obras, por eso yo no entiendo porque se creen tanto, si al fin y al cabo todos cagamos; es cierto que algunos de ellos logran hacer grandes cosas en la taza del baño, pero a excepción de eso, no son algo fuera de lo normal, aunque tengo que reconocer, no sin un poco de envidia, que en esto, muchos de ellos son realmente inigualables.

Como seguía sin escucharme, le platiqué de mi perrita pequinés que tuve cuando era chico: se la había cogido un perrazo gran danés de una casa vecina, para vergüenza de la familia. Luego le dije lo de María para finalmente terminar con lo de Mar; todo esto en voz baja para evitar que su secretaria se enterara. Por fin terminó de leer mi libro:

—Déjamelo, quiero revisarlo bien, regresa dentro de una semana —me dijo.

Volví a ver sus ojos azules y su rostro sereno, había

ido a verlo con la esperanza de una respuesta afirmativa, me despedí un poco desilusionado.

—Hasta dentro de una semana —le dije.

Justo cuando estaba bajo el marco de la puerta de su oficina me llamó, la esperanza volvió a mí. El jodido va a todas y lo último que pierde es la fe. Me sonrió y le sonreí; por un instante me pareció el padre imaginario que nunca tuve, tenía el manuscrito en una de las manos y me lo regresaba mientras me decía:

—Mejor dedícate a cagar, pues sin duda alguna ahí está tu brillante futuro.

El oso

Una ciudad con muerte
es una ciudad con vida.

Una gran masa polar se aproxima a Ciudad Juárez y El Paso, habrá fuerte descenso de la temperatura y gran cantidad de nieve por las próximas 48 horas.

Estaba informando por la radio el meteorológico del aeropuerto de El Paso Texas.

Son las diez de la mañana, estamos a cero grados centígrados terminó diciendo el locutor de la KBNA, una estación de radio.

Era un día típico de diciembre, había sol pero no calentaba, conforme transcurría la mañana se fue nublando, la temperatura comenzó a descender. Justo antes de oscurecer empezaron a caer las primeras grandes plumas de nieve; nevó toda la noche y la mañana siguiente, en la tarde de ese día nevaba a ratos. Volvió a caer la noche, por fin dejó de nevar, pero ya era mucha la nieve acumulada, el patio de mi casa tenía una gran capa, de casi un cuarto de metro.

La luna, una luna grande, llena, preñada de luz, se hizo paso por entre las nubes y empezó a parir fotones a lo cabrón, la ciudad de plata brilló por todos lados.

En el patio la nieve se acumulaba en un rincón y al rato se acumulaba en otro arrastrada por el viento, me fijé en los árboles de enfrente de mi ventana, ninguno se movía. Entonces —¿qué era lo que estaba moviendo a la nieve?— Miré bien pero no pude distinguir nada, la nieve seguía moviéndose de un rincón a otro. Si hubiera viento la explicación sería sencilla; me asusté.

Me sobrepuse, salí a explicarme el por qué de las cosas, al salir la nieve se cambió al rincón más lejano a mí, me acerqué, realmente no era nieve, eran miles y miles de pequeños osos polares todos de la misma estatura, como de tres centímetros de alto, totalmente blancos y rechonchos, me miraron con un miedo infinito, claramente podia ver sus pequeños ojos y hociquitos negros, nunca había visto una cosa como esa, estuve por mucho tiempo viéndolos jugar sobre la nieve a la luz de esa luna, en medio de ese frío glacial.

—Esta masa polar se vino con todo y osos —pensé.

Haciendo concha, con las manos agarré cuidadosamente a cinco de ellos, uno se distinguía de los otros, tenía un rombo negro a mitad de la frente, me mordió un dedo, me sacó una gota de sangre y se puso inmediatamente a lamerla. Entré con ellos a la casa y los metí al congelador.

A la mañana siguiente la ciudad era una ciudad silenciosa, rápidamente salí al patio pero no pude encontrar ni siquiera uno solo de los ositos restantes, me dirigí al refrigerador, ahí estaba el osito del rombo negro, estaba solo, se había comido a los otros, su talla era de aproximadamente diez centímetros y un poquito más rechoncho. Lo agarré, esta vez no me mordió, de hecho la mordida de la noche anterior fue el único ataque de su parte en contra mía.

Creánmelo, estaba feliz con mi oso, comencé a alimentarlo, crecía rápidamente, compré en una segunda de El Paso una gran hielera, por un tiempo la cosa resultó, le daba al principio pajaritos, gatos, perros pequeños y desperdicios, pero el oso crecía exageradamente, un día por no dejar le llevé un pit bull del barrio, también se lo comió. Entonces me comencé a preocupar por su ferocidad.

Fui a ver a mi amigo de la infancia, un gran capo juarense. Hasta ese entonces me había mantenido fuera del narco, a pesar de múltiples invitaciones. El cariño hacia mi oso fue más grande.

El capo se interesó mucho por la historia inverosímil, a los capos les gustan mucho las bestias feroces, quiso ir a conocerlo. El oso por poco se come a mi gran amigo; batallé para quitárselo. Yo tengo una bodega y él compró un gran congelador industrial, el más grande que encontramos. Ya para ese entonces era primavera.

Mi amigo me llevaba la comida para el oso y yo se la servía, pues nadie aparte de mí se le acercaba, la primavera era calurosa, pero eso no importaba pues el oso siempre estaba a menos veinte bajo cero.

Un día le llevó un rico postre, era un agente de la DEA, lo metí al congelador, al instante desapareció, nunca dejaba huella y nunca defecaba, de ahí le siguieron judiciales, narcos contrarios, agentes de la CIA, DEA e Interpol, hasta mujeres, es por eso que cuando fueron a abrir las narcofosas e hicieron tanto escándalo, encontraron tan poco.

Yo estaba delinquiendo a cambio de conservar mi oso, pero mi amigo estaba muy a gusto con él, con esa máquina de desaparecer evidencia, como le decía. El oso era ya el oso más grande de todos los tiempos modernos,

—sólo superado por el gran ursus de la prehistoria–, medía dos metros con cuarenta centímetros y pesaba tonelada y cuarto, llegó hasta ese peso y ahí se estabilizó.

La verdadera felicidad es efímera, esto no podía durar para siempre, una mañana de verano llegó la PGR a mi casa, me secuestró por casi siete semanas; no me decían nada, me trataban bien pero me tenían totalmente incomunicado.

Vinieron por mí y me llevaron a mi bodega, el congelador tenía una combinación especial para entrar en él, abrí la puerta, un muro enorme de agua, de la más pura que se pueda encontrar en un glacial del Ártico nos barrió y nos dejó sentados a mitad de la bodega; esa agua pura se confundió con mis lágrimas, ellos no pudieron ver mi llanto. Removieron el congelador, escarbaron por toda la bodega y la cuadra, no encontraron nada, todas las evidencias estaban desaparecidas o evaporadas, al poco tiempo me soltaron, eso sí con todas las reservas de la ley.[3]

[3]Este cuento fue escrito a principios del año 2000.

El espía alemán

Abominación y puterío
puterío y abominación
William Faulkner

De la literatura

Todo empezó en mi lejana juventud allá por los setentas cuando leí *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. En ese libro, en uno de sus innumerables textos, se afirma que el verdadero Dios está en un calabozo del infierno, mientras que un demonio impostor es el gobernante actual del universo y sus contornos: cuando los arcángeles Gabriel y Miguel fueron a expulsar del paraíso terrenal a los perversos Luzbel y Belial quienes pretendieron eregirse en dioses, ellos lograron corromper a Miguel y a Gabriel y no sólo no los expulsaron, sino que agarraron entre los cuatro arcángeles al verdadero Dios y lo sumergieron en uno de los calabozos más profundos e hirvientes del infierno y en su lugar pusieron al actual Dios, una deidad a todas luces espuria. Una tesis muy extraña, pero viniendo de Gabriel García Márquez todo se puede esperar.

De la cantina

Dos días después de la caída del muro de Berlín, un domingo a la hora de la botana conocí, en el Chivas, un bar que está en la calle Bolívar esquina con Ocampo, al espía alemán Uwe Bruker. Tenía buen aspecto y como treinta y cinco años, vestía normal: una camisa de marca y unos jeans; salvo su escaso pelo rubio y sus ojos azules, parecía un vulgar chilango más; su acento era perfecto, uno de sus tantos alias latinos era José Rocha González, al menos eso fue lo que dijo. Hablaba siete idiomas a la perfección, podía hablar el español como veracruzano, argentino, cubano, etcétera. Había sido educado en su juventud en el De Efe en un restaurant de la Zona Rosa, ahí era donde el servicio de inteligencia de Alemania del Este mandaba a capacitación por un tiempo a sus reclutas de espías.

—Mira —dijo— con su perfecto acento chilango— a nosotros nos mandaban a México a los restaurantes porque nuestra comandancia general aseguraba por aquellos tiempos que los meseros mexicanos eran de los pocos individuos en el mundo capaces de desconectar la mente del corazón, eso que parece tan fácil pero a la vez es tan difícil y sólo los buenos espías y todos, o casi todos los meseros mexicanos, lo logran; los rusos también pueden, aunque con muchas dificultades, pero los meseros mexicanos son los mejores para ésto. Los que lo lográbamos, porque la mayoría fracasaba en el intento, éramos reclutados para el servicio secreto de la Alemania del Este. Después de México, estuve en Latinoamerica: a Cuba fui muchas veces. En mis viajes conocí casi todo el mundo, Rusia, China... siempre tratando de contrarrestar a la CIA y al Interpol, trabajé mucho para mi país, en cien-

tos de misiones y ya ves lo que pasó, la unificación de las Alemanias me partió la madre, si vieras, el mundo se me hace tan diferente, ya no tengo patria, toda una vida educado para otra cosa y de repente te quedas sin nada. No tiene caso guardar tantos secretos, ¿para qué tanto adoctrinamiento, adiestramiento, para qué todo eso? a ver, dime. Nada más falta que me agarre la pinche CIA y entonces sí hasta maldeciré el haber nacido.

Nunca pensé que una cosa tan simple como la unificación de las Alemanias pudiera impactar tanto a un individuo, aunque no lo conocía podía entender que ese simple hecho lo había afectado de una manera tangible.

—Oye, ¿por qué no te vas a Rusia, China o qué sé yo? supe por los periódicos que un grupo importante de entrenadores deportivos se van a ir a China, a ti también te darían trabajo— le dije.

—Mira, con los pinches rusos no quiero ni madre, y China no me gusta, son otro pedo; además, yo soy alemán, a lo mejor no te has dado cuenta lo que eso significa.

Seguíamos pisteando mientras veíamos un partido de fútbol; el tipo era experto también en ese rubro, a veces me preguntaba si no me estaría viendo la cara de pendejo, algo típico de los chilangos, pero le hablaba en francés y me contestaba en inglés y luego en italiano y como no sé ruso, albanés ni alemán, no sabía si creerle o no, pero como la estábamos pasando bien, seguimos pisteando.

—En el peor de los casos sería un chilango políglota— pensé.

—Oye ¿para ti quién o quiénes son los mejores espías del mundo, a poco el James Bond?— le pregunté, me miró, estuvo a punto de llamarme pendejo, se aguantó

las ganas, pero con el tiempo me diría peor que eso, le dio un gran trago a la cerveza y dijo:

—Esa respuesta es muy fácil, es más, es demasiado fácil, Cristo es el mejor espía de todos los tiempos, ya casi lleva dos mil años y creo que ahí va a seguir por mucho tiempo, no lo van a descubrir, porque Cristo no es hijo de Dios sino del Diablo y es el Diablo el que gobierna el mundo. Fueron los rusos los que encontraron unos rollos en el Mar Muerto y los han mantenido en secreto, en Occidente son conocidos sólo parcialmente, la CIA logró sacar cierta información pero aún están muy lejos de saber toda la verdad.

—Algo he oído o leído de eso, es parte de la literatura —le dije, y él enseguida agregó: —No es ninguna literatura, los demonios, en los comienzos, dieron un gran golpe de estado a los cielos, por un tiempo las cosas resultaron, en esos tiempos era muy fácil salvarse, condenarse era realmente lo difícil, bastaba quemar un corderito o a tu primogénito, que a la mejor te caía bien gordo, lo ofrendabas en un ara y te salvabas. Con este régimen, como puedes ver, al cielo cada vez llegaban más y más ángeles, se corría el peligro de que el proceso se revirtiera, los ángeles comenzaban a ser mayoría, los golpistas se empezaron a preocupar. Entonces el Estado Mayor de los infiernos mandó a Cristo, a su gran campeón, a la tierra. Su misión era muy simple, la estrategia ya estaba hecha desde mucho antes, él debería aplicar con todo rigor las leyes de Moisés y sobre todo, ocultar al mismo tiempo su verdadera identidad, él hizo del camino de la salvación algo tan estrecho, tan difícil, que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico se salve, en cambio, al de la perdición lo hizo amplio y agradable, como una autopista rodeada de flores y comodidades.

El buen espía es aquél que cumple con su trabajo y pasa desapercibido, hubo espías que trabajaron en Occidente toda una vida para Alemania y nunca se dieron cuenta de ellos, el puto del James Bond, ése sólo es un espía de bisutería de Hollywood, una puñeta de un productor de allá, no hay parangón en la historia del espionaje que siquiera se compare tantito con Cristo. Es cierto, en el trascurso de la historia ha habido muy buenos espías, y no necesariamente alemanes, incluso hasta mujeres, ahí tienes a Matahari y a Dalila la filistea, con sus encantos se chingó al Sansón, pero donde está Cristo, como ya te dije, no hay comparación, él siempre ha sido mi ídolo. Los gringos no son muy buenos, tienen de sobra recursos y cuando digo recursos realmente estoy hablando de cualquier cosa que se les ofrezca, dinero, tecnología, lo que sea, ellos lo tienen todo, pero aun así, algunas veces les ganábamos. De los ingleses, ¿qué te diré de ellos? los mejores se les murieron en el siglo pasado, el señor Holmes y mister Chesterton. Los chinos y los rusos son muy disciplinados, a los espías rusos les decían allá en la helada Siberia, donde tenía su cuartel general la KGB, "sed como Cristo que fue vejado torturado y después muerto y nunca tuvo un asomo de duda en su papel". Los rusos eran buenos a medias.

Salimos del Chivas, más bien nos corrieron, era medianoche, recordé que por la mañana había entrado al bar a tomarme sólo dos cervezas y un caldito, para curármela y ver un rato el fútbol. Estábamos bien pedos, caminamos por Ocampo, llegamos a Aranzazú, estaba solo, seguimos por el callejón solitario de San Francisco y llegamos al jardín, las luces mortecinas le daban buen aspecto; nos subimos al borde de la fuente y nos meamos dentro de ella, en su agua clara, luego nos despedimos.

Ya para ese entonces sabía algo de alemán:

—Aufwiedersen —le dije.

—Hasta siempre comandante —me contestó en un perfecto cubano de la Sierra Maestra, tardé muchos años en comprender esta última frase.

—Ese cabrón a mí no me la pega, es un chilango políglota, eso sí, con mucha imaginación— pensé, después me olvidé de él y de su plática, bueno, la puse en stand by en algún lugar de mi memoria, así como muchos años antes también había puesto el texto de García Márquez durante mi juventud.

Del hospital

Después de muchos años, en el último año del milenio, volví a ver al alemán, estaba boca abajo, moribundo en una de las camas de uno de los pabellones del Hospital Central. En la mañana de ese día, camino a mi trabajo (soy profesor universitario), pasé por la puerta del hospital y contra toda mi costumbre, hice fila para entrar a ver a los enfermos, algo me llamaba desde adentro, no sabía qué y ese algo no era otra cosa que Uwe Bruker. Entré directamente hasta donde estaba, le habían puesto una paliza de esas tipo judicial y lo dieron por muerto; estaba irreconocible, esta vez no tenía buen aspecto, su torso estaba desnudo y a la altura de los omóplatos tenía dos extraños muñones de donde le escurría pus y agua-sangre. En su agonía me reconoció, le dio gusto verme y sin más preámbulos fue directo al grano:

—Mira, me estoy muriendo y como sabes, no tengo a nadie en este mundo, te dejo mi carro, está dentro de una casa que alquilé la semana pasada, es una casa verde con barandal negro en la calle Atlas 325, las llaves de la casa y el carro están en la polvera de la llanta derecha de

adelante, dentro de la casa encontrarás muchas instrucciones, yo no puedo continuar mi trabajo, pero tú lo vas a terminar, por la lana ni te preocupes, ¿te acuerdas todo lo que te dije aquel día en la cantina?, pues es cierto; te fuiste pensando que era un chilango y en cierta medida tenías razón.

¿Te acuerdas también que te dije que Cristo no era hijo de Dios? Bueno pues eso ya pasó a segundo término, ahora lo importante, lo realmente importante es que el verdadero Dios, el que está confinado en los calabozos hirvientes del infierno, le prometió un redentor al mundo y aún no lo ha mandado. La cosa allá arriba y abajo se está poniendo gruesa, yo pertenezco al servicio de inteligencia de la resistencia celestial y entre toda la legión vamos a liberar al Dios verdadero, para así restablecer el orden perdido.

—¿Entonces no eres un espía alemán? —le pregunté

—Sí, sí, pero también soy un ángel, ¿ves estas heridas en mi espalda?, los diablos hijos de puta me cortaron las alas y me dejaron por muerto, pero estoy vivo, sólo tengo vida para cumplir con mi misión. Sabes, el anticristo es el verdadero redentor, ha de venir a este mundo y va a nacer aquí en San Luis Potosí, en el año dos mil, en la segunda mitad del año dos mil.

—No mames ¿a poco este pinche rancho bicicletero va a ser la nueva Belén?

—Pues aunque te burles, así es, porque así está escrito en el libro de los cielos e infiernos. —Espérate, espérate ¿entonces tú eres el ángel anunciador?

—Debieras haber sido detective, ahorita no estuvieras tan jodido.

—Bueno, si tú eres el ángel anunciador, ¿entonces quién putas soy yo?

—Tú eres el profeta de los próximos milenios, eres el gran escogido para decirle al mundo, a su tiempo, que el redentor, el verdadero redentor, ha llegado, esa fue mi última misión en esta tierra, y felizmente te encontré.

—Oye, ¿dónde va a nacer y quién va a ser su madre? ¿a poco un culito pedorro de esos de los colegios particulares de monjas? —Me miró con dureza, me sentí cohibido, enseguida agregué:

—¿Entonces uno de los del Tec de Monterrey Campus San Luis?

—No seas pendejo, si fuera así, los diablos se darían cuenta al instante y lo eliminarían, el Anticristo va a ser el fruto del vientre de una puta y va a nacer en un hotel o en un prostíbulo, entre la perdición, te darás cuenta en cuanto nazca, sólo tú vas a saber y como ya te dije, a su debido tiempo se lo harás saber al mundo, debes tener mucho cuidado, pues con su nacimiento empezará la gran revolución de todos los tiempos, en los cielos, tierra e infiernos. Bueno, ahora ya puedo morir en paz, yo ya cumplí, tú te quedas como lugarteniente aquí en la tierra.

—¿Y si fracaso? —le dije.

—Ni se te ocurra.

Esas fueron sus últimas palabras. El alemán, chilango, ángel o lo que fuera, sonrió, después cerró los ojos y luego expiró, lo tapé cuidadosamente con la sábana; justo cuando me iba a retirar de su lado, se tiró un gran pedo sonoro, los demás enfermos del pabellón y sus visitas me miraron inquisitivamente, les sonreí y les dije con una voz de profeta hasta entonces insospechada en mi:

—Fue el alma de este pecador que no alcanzó a arrepentirse y ahora desciende vertiginosmente hacia los infiernos de donde nunca debió de haber salido— verdad

a medias, una señora envuelta en un chal negro, con un rosario entre las manos, se santiguó y dijo:

—Ave María Purísima.

Una de las enfermeras con un termómetro agarrado de un lado, desde otra cama agregó:

—Viejo cochino.

Por un momento pensé ser el nuevo redentor e iba a cargar con todas las culpas ajenas, algo así como lo hecho por Cristo, pero él había sido muy claro, había dicho que yo era el nuevo profeta, sólo sonreí y salí del pabellón, no quise reclamar el cadáver por temor a los demonios. Lo aventaron a la fosa común. Esta vez no dudé de la autenticidad de sus palabras, me vine convenciendo de su sinceridad por las heridas en su espalda, realmente le habían arrancado las alas, debió de haber sufrido mucho, en realidad él fue un gran alemán ángel espía chilango; en otras circunstancias le hubiera hecho un monumento o le habría propuesto al municipio una calle con su nombre, pero como estaban las cosas, lo mejor era no hacer nada.

Salí del Hospital Central, ahí estaba la estatua de Bocanegra con su glorieta y más allá el Café y Nieve y atrás, el parque de Morales como telón de fondo; el tráfico era intenso, al que estaba acostumbrado; a mí se me hacía todo tan diferente, pero todo era igual, yo era el que había cambiado radicalmente en tan sólo unos cuantos minutos; había entrado al hospital como un potosino más y había salido como el profeta de los próximos milenios, el gran lugarteniente. Me empezaba a gustar la encomienda, empecé a entrar en papel, pensé en comprarme unas sandalias, una túnica y dejarme crecer el pelo y la barba, caminé por la acera, atravesé la Avenida Himno Nacional y luego me subí al camión de Morales,

decidí no ir a trabajar, esa mañana no movería el gis, no me quise ir en taxi para no dejar testigos, me bajé en el centro, en las calles de Reforma y Carranza, de ahí caminé hasta la calle Atlas, mientras caminaba me imaginé los iconos rusos del siglo XXXVI, serían preciosos: de un lado la puta madre del Anticristo, del otro lado yo, y él como un pequeño Dios entre los dos; realmente la cosa no pintaba mal.

Encontré el barandal, la casa, el carro, la polvera y las llaves, es curioso pero las instrucciones celestiales se parecen mucho a las de aquí. La primera intrucción era precisa y concisa, además la única escrita apresuradamente a mano, todas las otras estaban en cinco discos compactos, y decía así:

—No seas pendejo, no te dejes crecer la barba ni te pongas huaraches ¿de dónde sacaste esa pinche mamada del sayal? Ya estás haciéndole al chilango, deja de leer tanta pendejada, debes de seguir siendo el mismo, acuerdate, el gran espía es aquel que pasa desapercibido, a partir de ahorita nadie sabe de ti ni en el cielo ni en los infiernos, no esperes ayuda, la resistencia celestial no te conoce y si la cagas nomás acuérdate de mí, acuérdate cómo me encontraste arriba de esa cama de hospital, te digo esto para que tengas una ligera idea de lo que te puede pasar, por otro lado dejé las cosas de tal manera que si no cometes errores no vas a tener problemas, va a ser demasiado simple, acuérdate siempre, la simplicidad es la clave.

Después de terminar de leer la primera instrucción me asusté y de a deveras porque yo soy culito de esos de caballería y sentí que el culo se me iba empequeñeciendo cada vez más y mis güevos abandonaron el escroto, perforaron la vejiga y las tripas, después tomaron la ruta

de la laringe y se colocaron en el lugar de la campanilla, güevos y campanilla eran una misma cosa, no podía respirar, de mi boca sólo salió un angustioso.

—Gulp.

Me la tenía que ver con ocho billones de diablos y todos ellos totalmente encabronados y sin contar con tan siquiera tantita ayuda de los ángeles verdaderos, porque aparte de Bruker no he visto otro y si me dice que ha visto uno, usted, sin duda alguna, es un cabrón mentiroso o en el mejor de los casos lo confundió con un OVNI. Pero la tercera ley de Newton es clara: a toda acción le corresponde una reacción igual y en sentido inverso, y eso fue lo que me sucedió, porque después de esto, comencé a sentir un valor desconocido, inusitado y claramente sentí que el culo se ponía del tamaño normal y los güevos volvían a ocupar el escroto. De repente contra todas mis costumbres me sentí temerario y no sólo no me quería esconder de los demonios sino que hasta quería salir a buscarlos y me dije:

—No seas pendejo, no cometas errores, ya habrá tiempo de sobra para ajustarles las cuentas a uno por uno de esos hijos de la chingada.

Todo estaba claro, aparte de ser un profeta sería también un espía bien chingón, cientos de veces mejor que el James Bond, mejor que el espía alemán. Aparte de las instrucciones había también finanzas y tal como lo había dicho Uwe Bruker, no me debía de preocupar por la lana, las finanzas de la rebelión celestial estaban a mi nombre y creámelo, era el hombre más rico y poderoso sobre la tierra y no tenía nada que ver con el narcotráfico ni nada, todo era dinero limpio.

Borré todas mis huellas digitales, todo el sistema de cómputo estaba en blanco a excepción de una *laptop*,

fue en ella donde leí las instrucciones, dejé todo ahí, salí de esa casa, únicamente con esa pequeña computadora y los discos compactos, nunca regresé, ni quise saber más de ella, ni del carro, ni del sistema de cómputo que era mucho.

Cuando la araña puja es porque está echando hebras

Ya han pasado muchos meses desde el sensible fallecimiento de mi gran amigo Uwe Bruker y no ha pasado nada, ninguna señal, no he visto, oído ni sabido nada, realmente ser espía es demasiado fácil y ser profeta es mucho más, podría hasta pensar que ese chilango me tomó el pelo pero no es así, realmente no tiene caso poseer tanta riqueza si no la vas a usar, pero yo puedo disponer de sumas estratosféricas con tan sólo apretar unas cuantas teclas de computadora y como dijo el premio Nobel de Economía del noventa y nueve: los sistemas financieros del mundo están tan bien hechos que hasta un chimpancé puede manejarlos, eso me sucede a mí, llega a tal nivel la sofisticación, la sencillez de los conceptos, ante todo las ganancias deben de ser máximas, los riesgos y las perdidas deben de ser mínimas y entre más se cumplan estos preceptos los sistemas son cada vez más estables. Se parecen, o mejor dicho son iguales a los conceptos dinámicos de la física estadística, cuando la entropía es máxima entonces el sistema es más estable.

Me he tomado demasiado en serio la encomienda, nadie sospecha ni siquiera tantito, sigo trabajando de simple profesor universitario, hasta ahora no he cometido error alguno, tenía razón el alemán cuando dijo eso del James Bond. Mis consorcios fabrican armamento y

toda la logística de guerra imaginable, pero yo sé que si la llego a usar, a partir de ese instante sólo me quedarían unos nanosegundos de vida. Si esta sofisticación de la logística aniquiladora sigue creciendo, va a llegar un momento en que las naciones no se puedan hacer daño y las guerras en los próximos siglos podrían terminar como al principio, a mentadas de madre.

Bueno, para escaparme del tedio cotidiano voy a confesar dos pecadillos, ambos sin trascendencia dentro del marco de la guerra cielo-infernal. Compré unos Van Gogh en una subasta en Zurich, me costaron la bicoca de quinientos millones de dólares y los tengo colgados en las paredes de mi humilde casa, todo mundo piensa que son imitaciones, a lo cual yo accedo al instante. También compré en los Estados Unidos una fábrica de condones, mandé hacer miles de ellos, todos con mi nombre, mi fotografía y a mi medida, además con agujerito. Me he pasado estos últimos meses recorriendo los congales, tugurios, centros nocturnos y el Eje Vial, me he cogido a cuanta puta me he encontrado, no me importa cómo estén, ni cuántos años tengan, en las instrucciones no hay nada respecto a la identidad de ella, sólo que va a ser una mujer de la perdición de las calles de San Luis, pues no sólo quiero ser el profeta de los próximos milenios, además quiero también ser el padre del Anticristo, no me miren mal, ni piensen que soy un cretino, pues está escrito en los cielos, infiernos y en la tierra, que de la peor de las mierdas, brotan las mejores rosas.

La nueva Belén

Voy caminando en el atardecer sobre los adoquines de la calle Scop, de la colonia Burócrata rumbo a Morales, la tarde es una tarde fría de finales de otoño del

dos mil, los carros pasan con prisa en ambos sentidos, la gente ya sólo piensa en la Navidad, algo parece diferente, al menos para mí, claramente puedo ver el sol que trata de esconderse atrás de esos cerros rosa de cantera, veo como se desabrocha el cinturón, luego se baja los pantalones y los calzones y se sienta tranquilo, en cuclillas a cagar, usando los cerros y las chimeneas de la Asarco como una gran nopalera para que no lo vean. El sol en su estertor llena la atmósfera de mierda de mil colores, es el crepúsculo potosino, pero para mí es la señal esperada por tanto tiempo, caigo de rodillas sobre los adoquines en medio de la pasada de los carros y empiezo a gritar con todas mis fuerzas:

—Él ha nacido, Él ha nacido— la gente que pasa y la de los carros me mira como se mira a un loco, pero eso no me importa, porque ahora mi misión es encontrarlo y protegerlo, pues para eso fui ungido como el profeta de los próximos milenios.

Jacobo

Si una tortuga recorre cada instante
la mitad de la distancia
que la separa de la lechuga
entonces nunca llegara a tocarla
Zenón de Elea

Jacobo José supo que moría cuando ya no pudo avanzar ni siquiera un solo milímetro más dentro de la matriz de su madre, porque ella a su vez también acababa de morir, así fue como en brazos de la muerte llegó el Jacobo al mundo. La partera al ver que la mujer había fallecido, tiró duro del niño, arrancándolo de esas entrañas ya inertes, y a la vez también lo arrancó de los brazos de la muerte, pero para Jacobo la aventura no acabó ahí, ya que él sería llamado a ser el único hombre que no sólo vería a la muerte dos veces, sino que la miraría eternamente. Al verlo así tan quietecito ella no quiso llevárselo, la verdad sea dicha. Y esa verdad es que el Jacobito nunca nació.

—Fíjate bien en mí, nunca me olvides, algún día regresaré por ti. —le dijo. El niño vio a una elegante dama vestida de negro y se grabó su rostro para siempre, en un lugar recóndito de su conciencia.

—Te voy a esperar pero, pensándolo bien, es mejor irme contigo ahora, no hay razón para quedarme, no

tiene caso quedarme solo en el mundo, sin madre y sin parientes.

La partera nunca se pudo explicar comó revivió aquel niño, pero ella no estaba para explicarse los partos, sino para ayudar en ellos. Por un tiempo platicó de un muchacho nacido muerto y que ahora vivía normalmente.

El Jacobito José aún con todas las posibilidades en contra sobrevivió, no tenía nada de dónde agarrarse en esta vida. Siempre fue un suicida, pero en cada trance en que se metía salía fortalecido. Tenía dos años cuando se tragó una canica, los médicos pensaron que como mínimo iba a quedar imbécil, pero no fue así; tiempo después se arrojó a un carro, pero sus huesos sanaron prontamente y salió más fuerte. Lo que él buscaba en el fondo de su alma era a la muerte, fue un niño criado en las calles, un niño de orfanato, un niño de albergues, criado al puro amparo de Dios, así que ya se imaginarán.

Cuando tenía trece años se coló a una corrida de toros, él no era otra cosa más que un muchacho chamagoso donde la mugre asentaba sus reales; alto, delgado, mas su presencia dejaba entrever una cierta fortaleza interna. La plaza estaba repleta, pero él encontró acomodo en la escalera hasta mero arriba a un lado del tendido de sol y ahí se sentó a ver la lidia, brincaba y gritaba "ole" a la par del público, un extraño sudor le mojaba la camisa, como si algo, aquello que le había hecho tragarse la canica y arrojarse al carro estuviera también en ese coso. En la lidia del último toro, la figura estelar del toreo mundial en un descuido poco antes de tirarse a matar, fue cornado aparatosa y mortalmente. Mientras todas las cuadrillas y monosabios se llevaban al matador moribundo a la enfermería, el Jacobito se soltó corriendo escaleras abajo rumbo al ruedo, jalado por aquello

que lo hacía temerario, y al llegar a la barrera, la brincó y cayó rodando por la arena, mientras se quitaba a toda prisa su raída camisa roja para usarla de capote y de rodillas esperó a aquel toro negro asesino para dar el primero de muchos pases que daría en su corta vida, después se puso de pie y le dio varios lances y en uno de ellos el pitón del toro le dejó marcado arriba del ombligo un verdugón, la gente estaba por un lado conmovida por la cornada del torero y por el otro alucinada con el portento de muchacho. El Jacobo tomó la espada del matador tirada en la arena y sin pensarlo mucho se tiró a matarlo y le colocó soberbia estocada en todo lo alto, el toro negro alcanzó a topearlo, pero ya tenía la espada atravesándole el corazón; poco tiempo después se anunció el fallecimiento del torero, en aquella plaza había un diestro muerto y un muchacho desmayado en medio del foso, pero también de ésta el Jacobo saldría fortalecido.

Aquel niño nacido muerto no había sido más que una hilacha en el mundo, sin embargo a la corta edad de quince años se convirtió en novillero y a los diez y seis era matador de toros y de ahí para adelante todo fue triunfos y cornadas; la gente sospechaba de un pacto con el diablo, pero eso no era cierto: él era el ahijado de la muerte.

Se casó y por primera vez en su vida supo del amor humano, amor de mujer, amor de madre no en él, sino en sus hijos, en el cariño que su esposa les prodigaba a ellos y comenzó a gustarle la vida y a disgustarle la muerte. Una tarde de domingo, justo cuando acababa de cumplir veintitrés años, mientras toreaba, pudo ver de nueva cuenta aquel rostro que tuviera perdido por tan largo tiempo en su conciencia. Estaba tal y como él la había visto a la hora de su nacimiento, a mitad del

tendido de sol, aquella señora de negro. Quiso escapar de ella, pero al instante comprendió todo lo que la amaba y entonces ya no le importó nada y no sólo no huyó del toro sino por el contrario, corrió a encontrarlo sin muleta ni espada. El burel lo levantó impresionantemente por los aires y al momento de caer le machacó la cabeza contra la arena causándole una fractura de cráneo, pero él ya no estaba para estos trotes, quería reunirse con aquella a la que tanto tiempo inconscientemente había esperado, cada vez que hacía el intento de acercarse a la muerte sólo conseguía acortar a la mitad la distancia que los separaba. Cuando la tuvo cerca le dijo:

—Abrázame.

—Yo no puedo abrazarte, me está prohibido, ¿acaso no has comprendido en todo este tiempo vivido, que no puedo llevarte porque tú aún no has nacido?, fue la partera quien te dio la vida, es ella quien ha de llevarte, pero a ella hace tiempo me la llevé. Deveras, no puedo hacer nada por ti. Sólo puedo mirarte eternamente y estoy condenada a eso por aquel error cometido, tan sólo por haber tenido poquita compasión.

Aún hoy el Jacobo José trata de abrazar inútilmente a la muerte, pero sólo consigue reducir a la mitad la distancia entre los dos, ambos se encuentran perdidos para siempre en la geometría del punto, cada vez más juntos.

EPITAFIO
Aquí yacen los restos mortales
Del único hombre que no nació
Sin embargo vivió
Y aún no ha muerto

El eco, génesis de la ciencia

En los principios, cuando aún no había nada, los dioses hicieron una gran muralla, inmediatamente después crearon el eco y lo depositaron dentro de ésta. Días después de la creación, llevaron la muralla a la tierra y la obsequiaron a los hombres en señal de buena voluntad, sin embargo les advirtieron:

—La muralla no debe ser dañada ni derrumbada por el hombre.

Por esos principios remotos los hombres vivían contentos, no existía historia, ciencia o religión escrita; bastaba al lego pegar el oído a la muralla para que ésta le transmitiera todos los conocimientos acumulados hasta ese instante, pues el eco encerrado nunca se cansaba de repetir la historia. Eran los tiempos en que la curiosidad humana aún no se conocía.

Mas se llegó el día cuando apareció el primer científico, y él quiso saber la consistencia de la muralla. Por fin, la curiosidad se presentaba de improviso, comenzando de esta manera la lucha de siglos entre ella y el mandamiento. Una noche oscura, con un pequeño objeto el científico hizo un agujero en la muralla.

Durante tres días con sus noches, las tinieblas cubrieron la faz de la tierra; rumores, gritos, llantos recorrieron el orbe, los hombres temerosos encerrados en sus refugios imploraban la clemencia divina. Al cuarto día la calma volvió a la tierra, de esta manera pudieron al fin salir a la luz del sol, después se reunieron y realizaron un gran consejo.

Al verlos juntos los dioses bajaron a la tierra y les hablaron de esta manera:

—De hoy en adelante buscarán el conocimiento, donde quiera que fijéis vuestros sentidos, debajo de las piedras, atrás de las estrellas, entre vuestros cuerpos, donde menos lo piensen; ahí aparecerá. Les costará trabajo acumularlo y algunas veces hasta el escarnio de sus carnes. La muralla se quedará sobre la faz de la tierra como símbolo de la desobediencia.

Los hombres se sintieron indignos y desgraciados. Lo primero que se les ocurrió fue buscar el eco para volverlo a meter a la muralla; cuando por fin lo encontraron en las montañas les fue imposible atraparlo; y así, buscando métodos para encajonarlo, poco a poco se fue creando la historia, la ciencia y la religión. Con el transcurso de los milenios los hombres se olvidaron del eco como esencia del saber. Pero aún hoy en día se puede ver la gran muralla en el lejano país de la China.

Nunca fume humo del Vesubio

El médico dijo:

—Tiene la fiebre muy alta.

Instantes después la fiebre me ganó y me dormí.

—Ya se durmió. —Volvió a decir el médico.

Caí en un profundo sueño, en él fui a parar al interior de una nave industrial, iluminada por dentro con una tenue luz blanca. En el centro de esa nave, cuatro técnicos flanqueaban una enorme máquina por la que corría una banda velozmente entre los engranes, al final de los engranes estaba un dispositivo óptico, proyectando lo grabado en la banda en una película de tres dimensiones sobre una pantalla cuadrada sin fondo.

Al principio no me atreví a moverme, sólo me limité a observar la banda con detenimiento y la proyección de la película en la pantalla era muy interesante. Uno de los técnicos se me acercó. Sin decir nada apretó un botón. Lentamente, por un costado de la máquina, en un contenedor, cayeron unas fotostáticas. A una seña del técnico recogí las copias, después se fue al lugar de donde había venido.

Comencé a leer las copias con avidez. Rápidamente me di cuenta de lo que se trataba. Era la historia com-

pleta de mi vida hasta el momento cuando el médico había dicho: ya se durmió. Volví a mirar la película. En la banda estaba escrita la historia del universo desde el principio hasta el último momento y la máquina a base de darle vueltas no se cansaba de repetirla una y otra vez. Después me acerqué al dispositivo óptico, lo observé detenidamente. No era un dispositivo común y corriente como los que usan en el cine que sólo invierte la imagen, éste era un dispositivo *óptico-temporal*, es decir, la banda corría del futuro hacia el presente, luego al pasado. El dispositivo, en la pantalla, convertía al futuro en presente.

Para mí ya todo era obvio. Fue como si el rayo de la inteligencia tocara mi cerebro. Es por eso que nunca le atinamos a la lotería, esto explicaba de una manera simplificada las leyes del azar, aquí la probabilidad simplemente no tenía caso, la Mecánica Estadística y la Mecánica Cuántica pasaban a ser una simple constante.

—¿Por qué a veces alguien logra predecir el futuro?. —Le pregunté a uno de los técnicos. Volvió a caer una fotostática en el contenedor, la cual decía:

—Cuando esto pasa es porque el suceso está entre dos máximos de probabilidad. Era obvio.

La Física teórica ya no presentaba perspectiva alguna, la onda está con los experimentales, hay que fabricar un dispositivo *óptico-temporal*, pensé. Di media vuelta, caminé hacia la salida, un portero me hizo una reverencia, salí de la nave, abrí los ojos, había salido por fin del sueño.

—Ya despertó. —Dijo el médico.

Querido lector, acaba usted de leer unas líneas que no han sido publicadas y, en el peor de los casos, a lo mejor ni van a ser escritas.[4]

---

[4]Se prohíbe la traducción de este artículo al japonés.

Narciso Matemático

Narciso era un tipo interesante, no se le igualaba nadie, pero como el interesante era él, todos y todo se le hacían aburridos.

Un buen día, hastiado de tanta falta de originalidad, se le ocurrió mirar para sus adentros, por primera vez encontró algo digno de su atención, algo por qué vivir.

Decidió quedarse ahí, para siempre en sus entrañas, nunca regresó, el mundo lo perdió. Fue una muerte a la menos uno, dijeron los matemáticos.

Lo curioso es que aún hoy, aunque ha pasado mucho tiempo de la muerte de Narciso, el sigue siendo interesante, pues su muerte es un teorema topológico sin resolver.

El papel de la probabilidad en la revolución

Sucedió en Ciudad Juárez. Durante la revolución, las huestes villistas habían capturado a un mayor de las fuerzas leales a Porfirio Díaz; enseguida se lo llevaron a presentar en calidad de prisionero al general en jefe de las tropas insurrectas acantonadas en esa plaza militar.

—Mi general, aquí le traemos este pelón, nos lo encontramos desvalagao allá por el rumbo de San Lorenzo; pa' lo que usted sirva mandar.

El general lo miró detenidamente de arriba a abajo por unos instantes, luego sin más consideración para el prisionero, ordenó:

—Afusílenlo al alba.

Corrían los primeros días del mes de enero, la madrugada blanca cubierta de escarcha y el frío pertinaz hacían temblar al pelotón de fusilamiento. La tropa revolucionaria, aunque abrigada, se frotaba las manos ateridas de frío, pero el prisionero en capilla no temblaba; ni la fría mañana, ni la fría muerte que ya lo rondaba le provocaban el más mínimo temblor. De una de las bolsas del

uniforme sacó un liacho de tabaco y unas hojas de mazorca de maíz y se dispuso a forjar un cigarro, luego lo prendió y empezó a fumárselo a grandes bocanadas con calma y paciencia infinitas. El pulso del prisionero seguía siendo firme.

El general en jefe, por casualidad, se encontraba cerca de la escena, calentándose en una de las muchas hogueras del campamento. Observaba con curiosidad al sentenciado, mientras ingería a pequeños sorbos una taza de café caliente.

El pelotón de fusilamiento era comandado por un cabo segundo.

—Mayor ¿cuál es su última voluntad? —pregunto el cabo al prisionero, él sólo se limitó a sonreír y encogerse de hombros.

—Atención, pelotón: preparen, apunten... —grito el cabo.

El general desde su lugar junto a la hoguera intervino:

—¡Alto a la ejecución, firmes!

Lentamente se acercó, el condenado seguía impávido fumando su cigarro de hoja con las espaldas pegadas a una pared de adobe. Lo volvió a mirar de arriba a abajo y sin más, le dijo:

—Mi mayor, es usted muy hombrecito, es usted de esos que no le tienen miedo a la muerte y esos, créamelo mi mayor, andan muy escasos.

El mayor se quito el cigarro de los labios y una gran bocanada de humo revuelta con vapor de agua salió de su boca, enseguida el mayor respondió:

—Usted no sabe cuánto miedo le tengo a morir mi general, pero usted ayer ordenó mi fusilamiento y yo me dije muerto estoy, no tiene caso perder la calma, si de

todos modos me van a entrar las balas. Si usted hubiera dicho a lo mejor lo afusilo, entonces ahorita la cosa fuera muy diferente.

El general meditó unos instantes, se rascó la cabeza, metió una mano al bolsillo, sacó una moneda de oro de las de a dos pesos, la tendió al prisionero y le dijo:

—Ah que mi mayor, si será usted chistosito. Pero ándele, lance la moneda, si cae águila usted se salva, pero si cae sello, pues entonces lo afusilo, eso no tiene vuelta de hoja.

El general alcanzó a ver un ligero temblor en la mano derecha del mayor justo cuando aprisionaba la moneda con la uña del dedo gordo y el índice:

—Era la fría incertidumbre de la muerte que poco a poco se iba apoderando de la voluntad del mayor.

—Pensó el general.

La vida es una Delta de Dirac

Todo fue muy rápido, cuando abrí los ojos ya estaba muerto.